EN EL 4.º ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO DE MONS. ESCRIVA DE BALAGUER

"RECUERDOS DE UNA AMISTAD"

Recoge este artículo recuerdos de una amistad de más de cincuenta años: la de un Arzobispo español, *Mons. López Ortiz,* con una figura decisiva de la Iglesia contemporánea: *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer.* El autor coincidió con él —y esto otorga a sus palabras un gran valor testimonial— antes de que el propio Fundador del Opus Dei conociera claramente cuál era su misión en la tierra: ser instrumento en las manos de Dios para hacer la Obra de Dios, el Opus Dei.

Después de convivir en las aulas universitarias, conoció muy de cerca, a lo largo de numerosos encuentros —años 36, 39, 41...— la vida de «este sacerdote santo» y asistió, presenció desde sus orígenes, el desarrollo del Opus Dei: dede 1928, cuando era un querer de Dios en el alma de su Fundador, hasta la gozosa realidad actual, en la que esta Asociación es un surco y un camino de intensa vida cristiana dentro de la Iglesia Universal.

Sus palabras tienen especial actualidad: se cumple ahora el cuarto aniversario de la muerte de *Mons. Escrivá de Balaguer,* que falleció santamente en Roma el 26 de Junio de 1975.

Revista Vistalegre, Tercera Época, Nº 300, 6/1979.

Conocí a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer en la Universidad de Zaragoza, en junio de 1924. Yo era presbítero desde hacía poco tiempo, y mis Superiores Agustinos me habían indicado que estudiara la carrera de Derecho. En junio fui a rendir examen a Zaragoza: allí conocí y traté, durante los ocho o diez días que duró mi estancia, al futuro Fundador del Opus Dei. Se inició nuestra amistad de un modo muy corriente: cuestiones relacionadas con asignaturas de la carrera, características de los profesores, etcétera. Don Josemaría estaba muy preparado y conocía el ambiente universitario, desconocido para mí; generosamente, como lo más natural, me daba valiosas orientaciones, mientras paseábamos por los claustros de la Universidad.

Nos hicimos francamente amigos, sabiendo que esa amistad iba a perdurar. A pesar de los años transcurridos, recuerdo al Fundador del Opus Dei, ya entonces, con todas sus cualidades espirituales y humanas que tanto me han llamado la atención siempre, y que le hacían ganar la simpatía y el respeto de todos. Era muy piadoso, lleno de vivacidad, muy comunicativo; sencillo, con un gran corazón y con una extraordinaria inteligecia. En la Facultad observé que todos le conocían, ya que —entre otras muchas cualidades— su carácter alegre hacía que fuera muy apreciado por todos.

Pero, había otro punto característico de toda su vida, quizá para mí el más importante: me dí cuenta de que era responsable, piadoso, rezador, con un ardiente deseo de ser buen sacerdote; deseo que alimentaba con una vida espiritual intensa, y con gran dedicación a su formación sacerdotal.

Pasó el tiempo; y en 1934 gané las oposiciones a la Cátedra de Historia del Derecho en la Universidad de Santiago de Compostela. Después —debía ser la primavera de 1936— encontré a Don Josemaría en la calle de San Bernardo, en Madrid, cuando yo salía de la Universidad Central. Nuestra conversación, llena de alegría por el reencuentro, duró media hora o algo más. Aunque en esa ocasión no me habló explícitamente del Opus Dei, me pidió con insistencia que rezase mucho porque el Señor le pedía algo muy superior a sus fuerzas. Aludió genéricamente a un gran empeño espiritual que el Señor le solicitaba. Se sentía un pobre instrumento en las manos de Dios, pero dispuesto a hacer lo que El quisiera, con una lucha amorosa para no poner resistencia, pues consideraba que el querer de Dios superaba con mucho sus posibilidades.

LA SEMILLA QUE SE HARIA ARBOL

No nos volvimos a ver hasta el curso 1939-40. Y un buen día —quizá en otoño de 1941— volviendo con el Fundador del Opus

Revista Vista Tomo 1, Universidad de Balaguer y Opus Dei, 6/1979.

Dei del estudio del pintor Fernando Delapuente, me fue explicando la Obra, con todo detalle. Me hizo ver que era de Dios, totalmente sobrenatural: el Opus Dei venía a recordar la llamada universal a la santidad; el empeño de adquirir una vida contemplativa en medio del mundo, en medio de la calle, para poner a Cristo en la cima de todas las actividades humanas; santificar el trabajo profesional y las ocupaciones corrientes de cada día... Desde el principio entendí lo que me contaba Don Josemaría: todo es Obra de Dios, no es obra mía. No podía ser algo basado en el celo sacerdotal y las muchas dotes naturales del Fundador, aunque fueran tantas y de categoría excepcional: era ciertamente una Obra de Dios.

Don Josemaría me relataba todo lo referente a la Obra con una seguridad tal que, repito, me asombraba. Me explicó muchas cosas con una gran viveza, como si las estuviera viendo ya; cosas que después se han ido convirtiendo en fecundas realidades apostólicas, de servicio a la Iglesia y a todas las almas. Por ejemplo, me habló entonces de que, con el tiempo, habría en el Opus Dei hombres y mujeres casados que se santificarían en el matrimonio, en el hogar,

El Padre —como le llaman millones de personas en todo el mundo— me habló también de la Sección de mujeres de la Obra: centros de formación profesional femenina para elevar el nivel cultural y social de las jóvenes y fomentar su vida cristiana en todos los ambientes; granjas para enseñar a campesinas —esto me sorprendió especialmente—; labor apostólica con empleadas y obreras de fábricas y talleres; y —sobre todo, lo más importante— del apostolado personal de las asociadas con sus compañeras de trabajo —obreras, profesoras de Universidad, empleadas, investigadoras, etcétera—, sus amigas, sus vecinas, etc.

Don Josemaría me hablaba de socios de la Obra en el mundo entero, en todos los ambientes sociales, profesionales y oficios, solteros y casados, jóvenes y viejos, seglares, sacerdotes, de todas las razas... Y sólo había un puñado de chicos en Madrid, Valencia, Valladolid, Zaragoza y Barcelona, y poco más. El Padre, movido por el querer divino de extender el Opus Dei por todo el mundo, les aconsejaba estudiar idiomas: ruso, japonés, inglés, francés, alemán, etc. El carácter universal de la Obra —hoy realidad gozosa— lo ví ya entonces.

No contaba con centros para su labor. Poco a poco, con muy buen gusto y falta de medios, iba acomodando pequeños locales —recuerdo, por ejemplo, el que llamaban *El Rincón,* en Valladolid—; y si aún no se podía contar con esos pobres instrumentos, hacían su apostolado personal reuniéndose con sus amigos en la calle, en un café, etc., como comprobé en Zaragoza, donde mucha veces tenían

Revista Vasca Tiempo de Escuela. Nº 180, 6/1979.

sus medios de formación junto al río. Les daba igual; no perdían la alegría ni dejaban de hacer apostolado por falta de medios.

Don Josemaría era un sacerdote santo que amaba su sacerdocio profundamente. Su amor al sacerdocio y a los sacerdotes resultan evidentes, al recordar el gran número de Ejercicios Espirituales y Retiros para sacerdotes y religiosos que predicó durante los años en que yo le trataba más de cerca; recorrió toda España —sin cobrar nunca nada— a petición de Obispos de unas y otras diócesis. La abnegada atención espiritual que el Opus Dei ha prestado y presta a los sacerdotes de tantos países es una continuación del trabajo ejemplar e infatigable del Padre.

Quiero agradecer aquí —de modo especial— el esfuerzo de Don Josemaría y de sus hijos sacerdotes para ayudar espiritualmente al clero secular de todas las diócesis de España. Sé que éste es también el sentimiento de los Prelados que han visto surgir entre sacerdotes suyos, vocaciones al Opus Dei. Como Obispo de Tuy-Vigo primero, y como Vicario General Castrense después, he comprobado cómo los sacerdotes diocesanos que se vinculan a la Obra, están aún más estrechamente unidos a sus Obispos y les obedecen con fidelidad ejemplar y con heroísmo si es preciso.

Tenía una especialmente intensa y filial devoción a la Santísima Virgen, llena de ternura y fortaleza, que se traslucía hasta en los detalles más pequeños. Amaba entrañablemente a San José, y rezaba mucho, con amistosa confianza, a los Angeles Custodios, encomendándoles asuntos concretos, con la seguridad de que siempre le escuchaban.

Podría seguir enumerando, una tras otra, las virtudes que adornaban el alma de mi inolvidable amigo, un Fundador que no hubiera querido fundar nada. Pero no es éste el lugar oportuno para recoger por extenso tantas virtudes, vividas heroicamente en un crescendo a lo largo de su vida. Me he limitado a espigar unas cuantas en el hondón de mi alma, recuerdos de una amistad que nunca agradecerá suficientemente a Dios Nuestro Señor.

J. L. O.

Revista Vista Tempo, Universidade de Balagarea. Nº 30 D, 6/1979.